



COLABORACIONES

Inauguramos es este volumen una nueva sección: Colaboraciones. Incluirá aportes de especialistas sobre distintos temas que sin ser estrictamente de Ciencias Naturales, tengan relación con ellas: Epistemología, Historia de la Ciencia, Educación, etc.

Estas contribuciones serán seleccionadas para su impresión por el Comité Editorial.

EL INVESTIGADOR INDEPENDIENTE: ¿ESPECIE EN EXTINCIÓN?

Transitamos una época donde el sistema social, económico y político ha determinado el estilo de la práctica científica (Varsavsky, 1972). En nuestro país esto es tan característico, que la mayoría de los investigadores tienen algunos denominadores comunes; además de su talento, obstinación e ideas reformistas, han debido transformarse en activos luchadores por una retribución más justa, por el mejoramiento infraestructural y por el reconocimiento social e institucional de su actividad.

Inmersos y limitados por la sociedad postmoderna, los practicantes de la ciencia oficial, en gran número, han debido enmarcar sus aspiraciones en la denominada *ciencia universal* que, como casi todos sabemos, genera la mayoría de sus temas en el hemisferio norte (Varsavsky, *op. cit.*).

Estos hechos ya fueron agudamente analizados en nuestro país por Oscar Varsavsky quien, en un polémico trabajo (*op. cit.*), afirmó que el ingreso al club de los científicos, verdadera institución universal, no se hacía en base al talento, sino en la aceptación ordenada de ciertas técnicas, incluso para redactar *papers*, en la familiarización con el instrumental moderno y en el desarrollo por parte del aspirante, de temas vinculados con el del equipo en el que lograba ingresar o lo destinaban. Todo esto condicionado por el desarrollo de una inteligencia más receptiva que creativa. Posiblemente, de acuerdo al autor, esta haya sido la razón de que surgieran menos Darwin, Einstein, Pasteur, Pavlov, etc.

Estar adherido a estos conceptos no significa desconocer los beneficios del más formidable ensamble tecnológico que ha desarrollado la humanidad, pero se citan como una caracterización de un momento histórico extendido hasta nuestros días.

Circunscribiremos nuestras reflexiones al investigador médico, no al biólogo puro, sino al preocupado por la prevención, el diagnóstico y la cura de las enfermedades, sin entrar en finas disquisiciones, tal las sostenidas por algunos epistemólogos duros, que ubican a la medicina en el campo del conocimiento de la tecnología (Bunge, 1985), aunque esto no lo creen la mayoría de los médicos...ni tampoco los enfermos.

Como otros tipos de conocimientos, el del médico se origina en el análisis de los fenómenos de la vida cotidiana (Klimovsky, 1994). Aún en los actos más rutinarios, a partir de datos observacionales formula suposiciones teóricas para justificar sus interpretaciones y explicar los fenómenos patológicos.

Si consideramos que la investigación no es sólo lo experimental, ya que el nuevo conocimiento se puede fundar en la observación espontánea y aún en la búsqueda intencional de fenómenos no encerrados en un modelo, tenemos la justificación para considerar a la patología y a la clínica como ciencias, ya que ambas se nutren mayoritariamente de estos dos tipos de actitudes.

A diario, las observaciones sirven para sustentar hipótesis que a menudo culminan en generalizaciones. Las elaboran profesionales no oficializados como investigadores. En las llamadas ciencias duras han desaparecido, pero en la medicina se han procreado y convenimos en llamarlos provisoriamente, investigadores independientes.

Los caracterizamos como personas que no integran un *programa de investigación* en el sentido de Lakatos (1985), que no tienen un contrato con la comunidad científica, lo que no excluye que puedan estar adheridos a sus ideas.

Las vivencias de su práctica profesional estimulan sus inquietudes para la investigación, pueden padecer de déficits metodológicos o carecer de sostén infraestructural para sus demostraciones, pero son capaces de funcionar como *adelantados* para generar temas, en especial los relativos a la salud pública, terapéuticos aún no aceptados con los medios convencionales, describir nuevas entidades anatomoclínicas o aportar métodos de variado grado de originalidad.

Otras condiciones que los caracterizan son, en general, el apasionamiento, que muchas veces les quita objetividad; también es casi una constante el espíritu de observación, hecho ponderable, ya que así como hay músicos *sordos* no es infrecuente encontrar investigadores de carrera con escaso desarrollo del sentido observacional.

Un alto número tienen una ubicación muy universalista, holística, en sus apreciaciones biomédicas y es muy frecuente que, cuando de hallazgos terapéuticos se trate, dominen los contextos de descubrimiento y de aplicación sobre el de justificación.

Un signo negativo es que muchas veces superponen el campo de investigación con el de creencias, sacrificando el prudente escepticismo metodológico con cierta ceguera dogmática.

Al no pertenecer a la comunidad de los investigadores, gozan de la libertad de no depender económicamente de lo que investigan, circunstancia a lo mejor favorable para la génesis de ideas, pero limitante en las etapas de profundización y demostración.

Cuando estudiamos el problema de la investigación en patología, durante el período transcurrido desde 1970 a 1990, observamos que la mayoría de la familia de los patólogos no pertenecía a las carreras oficiales de investigadores (CONICET o de

Universidades). Constituyan, en consecuencia, un buen campo de observación y análisis de la investigación independiente (Piva, 1993).

Examinados metodológicamente 937 trabajos presentados en 12 congresos nacionales, comprobamos que se distribuían de acuerdo a las categorías que enumeramos, de la siguiente forma:

Casística y estadística descriptiva (recolección y elaboración básica de datos) que generan fuertes conclusiones, permite construir una hipótesis, apoyar una teoría o dudar acerca de lo ya aceptado: 69 %.

Hipótesis inicial con y sin demostración adecuada: 1 %.

Aporte tecnológico original o no original: 1 %.

Comparación y/o complementación de técnicas y/o métodos: 7 %.

Descripción que genera conclusiones originales: 3 %.

Proposición de una nueva entidad, cambio de categoría de alguna de ellas o interrelación: 1 %.

Proposición de clasificación o reafirmación convenientemente elaborada de una ya establecida: 1 %.

Proposición de nomenclatura: 0,2 %.

Trabajo de investigación experimental o anatomoclínico completo o incompleto (comunicación previa): 13 %.

Historia de la patología: 0,1 %

¿Qué hicieron estos patólogos en esos 20 años?. Siguiendo casi textualmente a Wolfe, podemos decir que muchos observaron y registraron los hechos, sin seleccionarlos o sin hacer conjeturas *a priori*; otros analizaron, compararon y clasificaron sin más hipótesis o postulados que los que necesariamente supone la lógica del pensamiento; algunos efectuaron generalizaciones inductivas referentes a relaciones clasificatorias o causales que hay entre los hechos y unos pocos hicieron investigaciones tanto inductivas como deductivas, utilizando inferencias realizadas a partir de generalizaciones previamente establecidas. Contribuyeron esencialmente al progreso acumulativo, sin reemplazar los conceptos básicos admitidos mundialmente. Hubo una adecuación al *paradigma*, cuyos fundamentos dieron por sentado, correspondiendo a la etapa de *ciencia normal* del esquema de Kuhn (1962).

Independientemente del valor que estas investigaciones puedan tener, es admisible que la vida es demasiado rica y plurifacética para que todos los problemas a resolver se originen en los institutos de investigaciones. En la medicina, como en otras disciplinas, la arquitectura, por ejemplo, hay posibilidades de que los profesionales participen, entre otras cosas, en las etapas iniciales de la creación. Esos que, de algún modo, rebasan los límites de la estricta lógica, hecho señalado magistralmente

por Einstein (Holton, 1985) y antes que él por Aristóteles y Kant. Después viene el logicismo, el registro formal, el poner a prueba las teorías y la comunicación.

Estos investigadores, aislados o unidos en pequeños grupos, incomunicados o no aceptados muchas veces por la red de investigación oficial, por causas científicas o extracientíficas, *precientíficos* en cierto sentido, deberían ser tenidos en cuenta, entre otras cosas, como detectores de problemas a resolver por la comunidad oficial de científicos. Constituyen un semillero de ideas y muchos de ellos gozan de una envidiable intuición creadora.

Quién iba a imaginar al comienzo de este siglo que, en su final, iban a tener tanta repercusión las ideas de numerosos filósofos y científicos adheridos a epistemologías alternativas. Es innegable que Kuhn (1962), Feyerabend (1989), Lakatos (1983), Bachelard (1972) y otros, han puesto en tela de juicio caminos por los que transiábamos con cierta comodidad.

Los hombres comunes, que nos podemos dar el lujo de ser eclécticos, seguramente encontramos en sus pensamientos un intento de revisión de la concepción de la ciencia como un compartimento rígido e incomunicado con el resto de la actividad intelectual, pero que con su carga de externalismo, constructivismo, relativismo, pragmatismo, ordinarismo, psicologismo anticuado y su reemplazo de las filosofías clásicas por otras acientíficas o anticientíficas, como denuncia actualmente Mario Bunge (1995), crean caminos que podrían llevar a hipervalorar las hipótesis de muchos investigadores independientes, a quienes ubicamos como de gran importancia en los procesos iniciales del camino científico y dentro de aquellos temas que surgen de la cotidianidad de los problemas que deben enfrentar.

Su accionar debe preceder a la ineludible confirmación empírica y al riguroso tratamiento lógico, pero como oferentes son capaces de iniciar la tamización de una materia prima que puede resultar de gran valor para la ciencia, lo que no es poca cosa.

Dr. Julio R. Piva

REFERENCIAS

Bachelard, G. 1972. El compromiso racionalista. *Siglo XXI*, Buenos Aires. 205 p.

Bunge, M. 1985. Seudociencia e ideología. *Alianza Universitaria*, Madrid. 253 p.

Bunge, M. 1995. La ciencia. Su método y su filosofía. *Ed. Sudamericana*, Buenos Aires. 189 p.

Feyerabend, P. K. 1989. Contra el método. *Ariel*, Barcelona. 187 p.

Holton, G. 1985. La imaginación científica. *Fondo de Cultura Económica*, Méjico. 272 p.

Klimovsky, G. 1994. Las desventuras del conocimiento científico. *A-Z Editora*, Buenos Aires. 418 p.

Kuhn, T. S. 1962. La estructura de las revoluciones científicas. *Fondo de Cultura Económica*, Méjico. 320 p.

Lakatos, I. 1985. La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales (204-242). *En: Hacking I. Revoluciones Científicas. Fondo de Cultura Económica*, Méjico. 337 p.

Piva, J. R. 1993. Metodología de la investigación en patología. *Universidad Nacional del Litoral. Centro de Publicaciones*, Santa Fe. 28 p.

Varsavsky, O. 1972. Ciencia, política y científicismo. *Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires. 81 p.